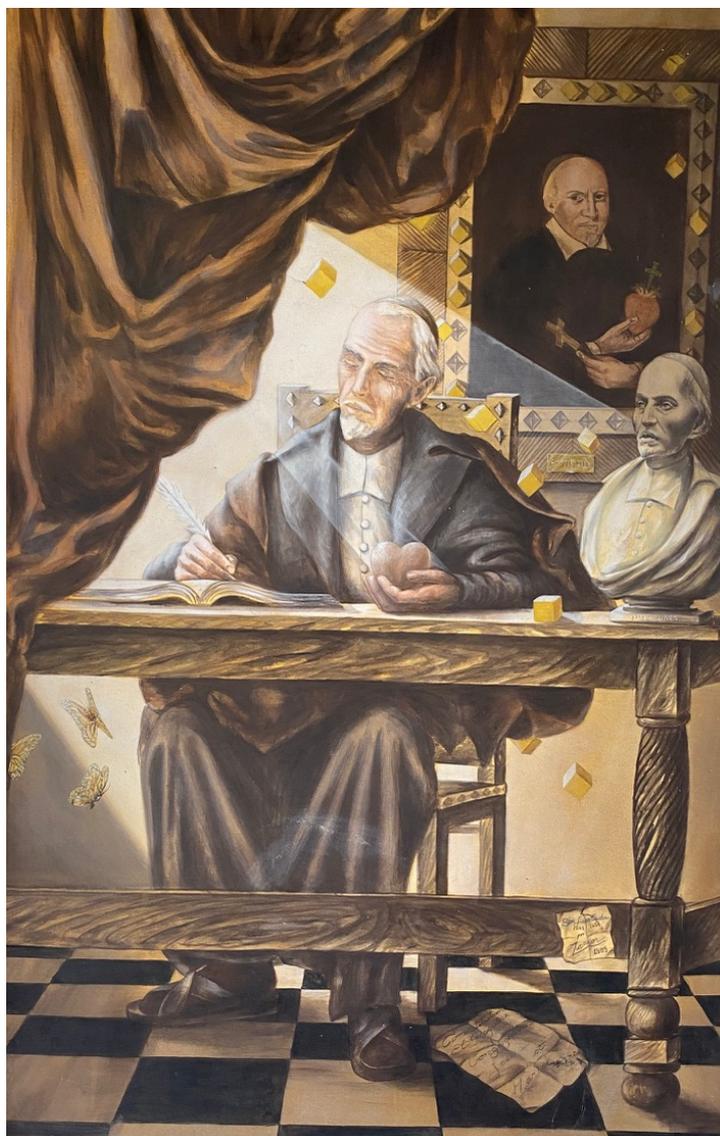


# Discipulado de la Palabra

Semana 20 del Tiempo Ordinario



San Juan Eudes, Óleo de Alejandro Gil. Parroquia Minuto de Dios (Bogotá)

*Me doy a ti, Espíritu Santo:  
toma posesión de mí y conduceme en todo  
y haz que viva como hijo de Dios,  
como miembro de Jesucristo  
y como quien por haber nacido de ti,  
te pertenece y debe estar animado,  
poseído y conducido por ti  
(San Juan Eudes)*

P. Fidel Oñoro cjm

El Reino desde la óptica del joven:  
La hora de las decisiones  
San Mateo 19, 16-22  
“Si quieres ser perfecto...”

Después de haber visto en nuestra lectura de Mateo 19, la novedad del Reino (1) en el mundo de la pareja y (2) en el mundo de los niños, hoy nos encontramos con su efecto (3) en el mundo de un joven. Mateo es el único en precisar que se trata de un joven, dejando entender que se encuentra en la edad de las decisiones fundamentales que afectan el resto de la vida.

“¿*Qué he de hacer de bueno para conseguir vida eterna?*” (19,16). La pregunta del joven rico no tiene nada de superficial, por el contrario, él hace la pregunta más importante que puede plantear un ser humano: ¿Qué tengo que hacer para alcanzar la plenitud de la vida? Es decir, el joven indaga por un camino de realización, que en términos de la relación con Dios llamamos “salvación”, o dicho de otra forma –como aquí- “*entrar en la vida*” (19,17b).

Jesús le responde inicialmente con dos precisiones sutiles:

- “*¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Uno solo es el Bueno*” (19,17a). No se trata de “hacer algo bueno” sino de “encontrar al que es bueno”. La salvación no está en un “hacer” específico sino en una persona (se entiende aquí que el “bueno” es Dios).
- “*Si quieres entrar en la vida*” (19,17b). Es verdad que hay que pensar en la “vida eterna”, pero Jesús le hace caer en cuenta que esa vida no está desconectada de las opciones que se tomen en esta “vida” (le quita el término “eterna”).

Luego le propone dos caminos para realizar el propósito planteado:

- “*Guarda los mandamientos*” (19,17c). El camino de la sintonía con la voluntad de Dios manifestada en los mandamientos del Decálogo (al cual Mt le agrega el “*amarás a tu prójimo como a ti mismo*”).
- “*Si quieres ser perfecto... ven y sígueme*” (19,21). El camino del seguimiento de su propia persona, que es una forma concreta de entrar en sintonía con la voluntad de Dios y de hacerlo, como bien precisa Mt, de manera “perfecta”. El camino del seguimiento de Jesús se pone al mismo nivel de gravedad y exigencia del de los mandamientos.

Cuando el joven le asegura que ya está en el primer camino y le pregunta “¿*Qué más me falta?*” (19,20), Jesús lo invita a emprender el segundo camino, el cual tiene como punto de partida un giro fundamental en la vida:

- Un movimiento de ida: “*Anda*”. En su “ir” se desprende de todas sus posesiones de forma irrevocable (“*dar a los pobres*” indica que nunca las va a recuperar, ellos lo necesitan y lo gastan inmediatamente).
- Un movimiento de venida: “*Ven*”. Ya desasido de todo, se abandona completamente en Jesús y pone sus pasos en cada una de sus huellas en el seguimiento.

Toda la última parte está introducida por la frase: “*Si quieres ser perfecto*” (19,21). La propuesta de “perfección” consiste en la vivencia del misterio pascual, se trata de un “morir” (como lo expresa el movimiento de ida) para “vivir” con él (como lo indica el movimiento de venida). Esta invitación a la perfección nos remite al capítulo 5 de este evangelio, el sermón de la montaña: perfecto es Dios (5,48), cada uno vive su perfección si encarna las bienaventuranzas y las traduce en las obras por las cuales brilla un hijo de Dios Padre (5,16).

Todo discípulo de Jesús lleva en su existencia la impronta profunda que deja este giro pascual y comprende que sólo con Jesús, culmen de la historia de la Ley y los Profetas (ver 5,17-19), se puede entrar en la plenitud de la vida. El discipulado es la realización de este camino de salvación.

Jesús le dijo al joven “*si quieres*”. Al final el joven no quiso y se fue triste. Ese es el riesgo de la libertad.

***Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón***

1. ¿Cómo me imagino la realización plena de mi vida?
2. ¿Qué relación hay entre el cumplir los mandamientos y obedecer a Jesús que pide que deje todo y lo siga?
3. ¿Qué me ata para seguir a Jesús con libertad total y con una entrega plena? ¿Qué paso voy a dar hoy?

El don de la salvación  
San Mateo 19, 23-30  
“Entonces, ¿quién se podrá salvar?”

La frase “*entrar en*” (el Reino de los Cielos... la Vida eterna) sigue repitiéndose constantemente: los niños fueron puestos como modelo de quien sabe dar ese paso, el joven rico deseaba dar el salto cualitativo. Ahora se profundiza en este punto.

Los discípulos, como sucedió cuando Jesús hablo de las exigencias del matrimonio desde la perspectiva del Reino, de nuevo quedan desconcertados con la severidad de las exigencias de Jesús: “*Entonces, ¿quién se podrá salvar?*” (19,25). Esta interpelación deja en el aire la pregunta: ¿No estará pidiendo demasiado? ¿Qué sentido tiene todo esto? ¿Será posible vivirlo?

En el diálogo que Jesús entabla con sus discípulos, justo en el momento en que se va marchando el joven rico, va respondiendo a todas estas cuestiones:

### 1. Es difícil pero es posible si se sabe decidir

Jesús mismo admite que es “difícil” pero nunca dice que sea imposible. Con el ejemplo paradójico y gracioso –¡qué buen humor el de Jesús!- de un camello que pasa por el ojo de una aguja se insinúa que en cuanto una persona esté apegada a su riqueza no podrá entrar en el Reino de los Cielos. Por lo tanto tendrá que escoger, y esta decisión depende exclusivamente del interesado. Para una persona apegada a sus bienes le queda planteada la pregunta: ¿Qué es lo más importante para ti?

### 2. La salvación es un don de Dios

“*Para los hombres eso es imposible, mas para Dios todo es posible*” (19,26b). Frente a la impotencia humana brilla la omnipotencia de Dios. Nadie se salva a sí mismo, la salvación es un don de la misericordia de Dios. Se salva quien tiene corazón abierto para acoger la gracia.

### 3. La renuncia por el discipulado tiene sentido

A la reacción de Pedro, por la cual pone de presente que él y sus compañeros dieron este difícil paso, Jesús responde con el anuncio del nuevo horizonte de bendición y plenitud que le aguarda a todo discípulo que ha hecho la opción.

Jesús describe el futuro con dos imágenes:

- (1) Su rol futuro se verá en la participación en el día final en el juicio en calidad de jueces: “*Os sentaréis también vosotros en doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel*” (19,28).
- (2) Los que dejaron todo reciben todo y centuplicado, pero el más importante de los dones es la “vida eterna”: “*recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna*” (19,29).

No hay que perder de vista que el Reino invierte las situaciones. El discipulado se inserta dentro de este giro fundamental que la obra de Dios realiza en el mundo: no son los primeros y los más poderosos del mundo sino los últimos, los que han dejado atrás sus bienes precisamente por causa de Jesús los que llevan la delantera.

***Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón***

1. ¿He llegado a pensar alguna vez que Jesús es demasiado exigente?
2. ¿Por qué es necesario desapegarse de la riqueza para entrar en el Reino de los Cielos?
3. ¿Cómo se ha realizado la promesa de Jesús en mi caso particular? ¿Veo en mi comunidad de fe un don del Señor que corresponde a su promesa para quienes lo dejan todo y lo siguen? ¿Qué hago para que mi comunidad sea anticipo del mundo futuro?

Una espiritualidad de la gratuidad y no de la recompensa

San Mateo 20, 1-16<sup>a</sup>

“¿O va a ser tu ojo malo porque yo soy bueno?”

Con una parábola se nos explica la inversión de situaciones propia del Reino de los Cielos: “*los últimos serán primeros y los primeros últimos*” (20,16; ver 19,30). Esta realidad ya la habíamos visto ayer, hoy la profundizamos.

No debemos perder de vista que en el Evangelio de Mateo todavía se está exponiendo ampliamente la novedad del Reino, cuyo sentido último es mostrarnos la otra cara de la realidad en la que está obrando Dios y cuya lógica (sus proyectos) subvierte a la nuestra.

Jesús parte de una realidad bien conocida en su época: el desempleo y el subempleo. Por eso la parábola se escenifica en una plaza en la que continuamente se encuentran desempleados esperando una oportunidad de trabajo. De igual forma en el escenario aparece un movimiento que sigue las diversas horas de una jornada: el amanecer, las nueve de la mañana, el mediodía, las tres y las cinco de la tarde, y finalmente el fin del día al atardecer.

Un patrón yendo y viniendo continuamente haciendo contratos. Los jornaleros tienen la expectativa de que su pago será proporcional al tiempo trabajado. Pero ¡oh, sorpresa!, no es así, todos reciben por igual y los interesados están a punto de hacer una huelga de protesta por la aparente “injusticia” de su patrón.

La parábola afirma la soberanía de Dios y su gracia que no está basada en el cálculo humano de la ganancia proporcional al esfuerzo. El corazón de Dios no se mide con esta “regla” de la recompensa.

Si bien Jesús nos enseña que Dios siempre espera que nos esforcemos al máximo, que no seamos pasivos, inactivos o indiferentes, requiriendo siempre nuestra activa colaboración, nos enseña también que estamos llamados a una justicia mayor (ver 5,20), que debemos vivir en sintonía con el corazón amoroso del Padre (ver 5,45 y 7,21). Efectivamente nuestro actuar justo y nuestro compromiso total son necesarios y podemos estar seguros del reconocimiento generoso por parte de Dios. Pero eso sí, la relación con Dios no se fundamenta en la contraprestación sino en la gratuidad, en el dejar de lado cualquier segunda intención de beneficio propio.

Somos invitados hoy a descubrir el corazón bondadoso de Dios y a superar una espiritualidad rígida basada en la contraprestación con Dios: “me porto bien para que Dios me premie escuchando tal o cual petición que le haga”.

No debemos nunca decirle a Dios qué es lo que tiene que hacer con nosotros, sino más bien respetar su libertad y su bondad, y todavía más, alegrarnos con todo signo de su bondad que descubramos en nuestros hermanos, superando así cualquier sentimiento de envidia.

Dios no es un patrón con quien hacemos contratos sino un Padre de quien recibimos gracia y bondad.

***Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón***

1. ¿Cómo me siento cuando a otro le dan más de lo que creo que se merece?
2. ¿Mi espiritualidad está basada en la doctrina del mérito o en la de la gratuidad del corazón misericordioso del Señor, quien me da todo su amor?
3. ¿Cómo integrar la experiencia de la gracia con la exigencia del compromiso cotidiano con el Señor en los hermanos y en todos los aspectos de la vida?

*“¿Qué prodigioso es ser cristiano!  
 ¡Cuántos motivos tenemos de bendecir y amar  
 al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo  
 por habernos llamado y elevado a la dignidad de cristianos!  
 Por eso nuestra vida debe ser santa, divina y espiritual,  
 ya que ‘todo lo que ha nacido del Espíritu es espíritu’ (cfr. Juan 3,6).*

*Me doy a ti, Espíritu Santo:  
 toma posesión de mí y concúrceme en todo  
 y haz que viva como hijo de Dios,  
 como miembro de Jesucristo  
 y como quien por haber nacido de ti,  
 te pertenece y debe estar animado,  
 poseído y conducido por ti”*

(San Juan Eudes)

También hacerse digno  
San Mateo 22, 1-14  
“Muchos son llamados, mas pocos escogidos”

Después de plantear un cuestionamiento acerca de la autoridad de Jesús (ver Mt 21,33-27), las autoridades de Israel son confrontadas por Jesús por medio de tres parábolas:

- (1) la de los dos hijos (21,28-32);
- (2) la de los viñadores homicidas (21,33-46) y
- (3) la del banquete nupcial (22,1-14).

Hoy nos detenemos en la última parábola. No olvidemos que se trata de una confrontación a aquellos que fueron destinatarios de la bondad y la salvación del Señor pero que al final no estuvieron a la altura de tal dignidad. Dios no nos obliga, no nos lleva a la fuerza a aceptarlo y a vivir según sus caminos, sino que apela a nuestra libre decisión.

La parábola del banquete nupcial en realidad son dos parábolas:

- (1) la de los invitados que rechazan la invitación (22,1-10) y
- (2) la del hombre que entró sin el vestido de boda (22,11-14).

En ambos casos se pone de relieve la gran bondad del rey para con sus llamados.

La invitación es un signo de su amor. El rechazo de la invitación es cerrarle a las puertas a una vida de comunión profunda con Dios.

Los primeros invitados se hicieron indignos porque le dieron prioridad a sus ocupaciones personales, no quisieron verse incomodados en los proyectos en los cuales se movían. El ofrecimiento de la comunión con Dios fue liquidado como algo que no tenía valor e impertinente.

El rey convoca entonces a nuevos comensales: la puerta se abre para todos sin excepción. Pero también en este caso puede salir a relucir la indignidad. Un hombre llega a la sala del banquete sin el vestido de fiesta. En el lenguaje simbólico bíblico, el vestido indica el estado completo de una persona, cómo aparece ante Dios (ver por ejemplo: Apocalipsis 3,4.5.18).

En esta parábola se quiere decir que la comunión con Dios no se da en cualquier estado, que es necesario estar preparado. Y es que para la comunidad de Mateo ésta era una realidad muy concreta: a ella llegaba de todo, buenos y malos, todos eran acogidos (ver Mt 18,1-10), pero surgían entonces conflictos porque algunos pensaban que podían llegar de cualquier forma y no se les notaba un esfuerzo de conversión.

El evangelio de Mateo nos enseña que escuchando a Jesús y haciendo la voluntad del Padre, adquirimos el vestido nupcial, alcanzamos la disposición global que es necesaria para la comunión con Dios. Por el camino del tomar en serio la Palabra se entra en el proceso de conversión.

La frase final, “*muchos son los llamados pero pocos los escogidos*” (22,14), no quiere darnos datos estadísticos sobre el número inicial de los corredores y el bajo número de

los que llegan a la meta. Se trata de una advertencia para que no nos acomodemos, sintiéndonos seguros de todo, no sea que fracasemos al final.

Debemos emplear todas nuestras fuerzas para corresponder con altura a la llamada del Señor.

***Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón***

1. ¿Por qué Jesús confronta a las autoridades de Israel? ¿De qué manera esta parábola anuncia la apertura a los paganos?
2. ¿Podemos vivir nuestra dignidad de cristianos sin asumir la exigencia de la conversión?
3. ¿Sé valorar la invitación que Dios me hace? ¿Qué me impide estar a la altura?

*“El gran apóstol no es el activista, sino el que guarda en todo momento su vida bajo el impulso divino. Cada una de nuestras acciones tiene un momento divino, una duración divina, una intensidad divina, etapas divinas, término divino. Dios comienza, Dios acompaña, Dios termina.*

*Nuestra obra, cuando es perfecta, es a la vez toda suya y toda mía. Si es imperfecta, es porque nosotros hemos puesto nuestras deficiencias, es porque no hemos guardado el contacto con Dios durante toda la duración de la obra, es porque hemos marchado más aprisa o más despacio que Dios.*

*Nuestra actividad no es plenamente fecunda, sino en la sumisión perfecta al ritmo divino, en una sincronización total de mi voluntad con la de Dios”.*

(San Alberto Hurtado, Reflexión personal escrita en noviembre de 1947)

Todo se resume en el verbo Amar  
San Mateo 22, 34-40  
“Amarás...”

Un mandamiento dice qué es lo que Dios quiere de nosotros y primero de todos los mandamientos dice lo que *fundamentalmente* Dios quiere de nosotros. Ese es el sentido de la pregunta del fariseo que leemos hoy: “*¿Cuál es el mandamiento mayor de la Ley?*” (22,34). Es decir: “¿En qué debemos concentrar todas nuestras fuerzas de manera que la vida tenga sentido y alcance la eternidad?”.

Con su respuesta Jesús, citando Deuteronomio 6,5, coloca en primer plano el amor: “*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente*” (22,37).

Por tanto la primera tarea es amar a Dios con todas las fuerzas que tengamos. Las facultades que aquí se mencionan son:

- El corazón: la dimensión volitiva del hombre, su “querer”, sus “decisiones”.
- El alma: que en la antropología bíblica es la “fuerza vital”.
- La mente: la dimensión intelectual, nuestra capacidad de representar el mundo.

Con ello se quiere decir que debemos emplear todas nuestras fuerzas, sin excepción, en el amor de Dios. La entrega a él y por él debe ser total, por eso a cada dimensión enunciada se le añade el término “*todo*”.

Jesús agrega: “*El segundo (mandamiento) es semejante a éste: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’*” (22,39).

El amor que tenemos por nosotros mismos es el parámetro del amor que debemos tener por nuestros hermanos. Este amor por nosotros mismos no consiste en fuertes sentimientos y emociones, sino en la serena aceptación de nosotros mismos con todo lo que somos, lo que tenemos, lo que constituye nuestra personalidad, nuestras potencialidades y nuestras limitaciones. Cuando nos aceptamos a nosotros mismos le decimos “sí” al amor de Dios que nos ha creado, a ese amor que toma forma en nuestra persona.

El amor al prójimo debe ser de la misma naturaleza del amor por nosotros mismos. Esto es, aceptamos al prójimo en su singularidad, lo reconocemos en su existencia como un “otro” amado y creado por Dios. En esta igualdad se reconoce también la singularidad del otro. Por eso el amor al prójimo es también un reconocimiento a la voluntad creadora de Dios y la relación con él un motivo de alabanza a Dios.

Como concluye Jesús, de este mandato “*pende*” toda la Sagrada Escritura (22,40). Es decir que este tipo de amor es el que Dios quiere de nosotros: el amor total por él y el amor –desde la dinámica interna del reconocimiento de su valor– del prójimo.

Así es como nuestra vida alcanza su verdadero sentido, un sentido definitivo e indestructible.

***Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón***

1. ¿Quién ha sido capaz de amar a Dios y ofrecerse a él con esa entrega “total”? ¿Deseo hacerlo?
2. ¿Mi relación con Dios parte de lo más profundo de mi ser, de mi fuerza vital, o la siento como un peso, como una obligación una rutina? ¿Me mueve hacia él la fuerza del amor?
3. ¿Cuál es el parámetro de mis relaciones con los demás? ¿Qué debo hacer?

*“El cristianismo se resume entero en la palabra amor: es un deseo ardiente de felicidad para nuestros hermanos, no sólo de la felicidad eterna del cielo, sino también de todo cuanto pueda hacerle mejor y más feliz esta vida, que ha de ser digna de un hijo de Dios (...)*

*El hombre necesita pan, pero ante todo necesita fe; necesita bienes materiales, pero más aún necesita el rayo de luz que viene de arriba y alienta y orienta nuestra peregrinación terrena: y esa fe y esa luz, sólo Cristo y su Iglesia pueden darla. Cuando esa luz se comprende, la vida adquiere otro sentido, se ama el trabajo, se lucha con valentía y sobre todo se lucha con amor. El amor de Cristo ya prendió en esos corazones...”*

(San Alberto Hurtado)

Sobre el manejo de la autoridad  
San Mateo 23, 1-12  
“No imitéis su conducta”

Entramos ahora en un capítulo del evangelio de Mateo que tiene carácter evaluativo. En un nuevo discurso, Jesús nos invita a analizar la manera como se establecen las relaciones en la comunidad, en la familia y en todos aquellos ambientes en los cuales se espera que el criterio fundamental sea el nuevo estilo de vida cristiana.

El punto particular que debemos examinar hoy es el del manejo de la autoridad. Así como en todo grupo humano, en una comunidad cristiana hay personas que tienen funciones en ella.

Pero la autoridad no es sólo asunto de “cargos”, también se da a partir de la edad, de la experiencia y de los conocimientos que una persona posee. Si bien es cierto que todos somos iguales, no podemos desconocer que, por las razones que se acaban de enumerar, también se notan diferencias que determinan las relaciones al interior de una comunidad.

El peligro de estas formas de diversidad y de superioridad está en el riesgo de que estas personas pongan en primer plano en sus relaciones su propia persona, el cultivo de su imagen y el deseo de enaltecerse sobre los demás.

A este peligro responde Jesús con la enseñanza que leemos hoy. Leyendo cuidadosamente el evangelio notamos dos partes. Estas dos partes son como las dos caras de una moneda y juntas constituyen el mensaje:

### 1. Lo que no hay que hacer (23,1-7)

Los escribas son los que “*se han sentado en la cátedra de Moisés*” (23,2). Con esto Jesús hace referencia a la silla del maestro en la escuela rabínica. El nombre hace honor a Moisés, a quien se le considera el primer gran maestro en Israel, el primero en transmitirle la Ley al pueblo.

Jesús parte de esta observación para hacer una lista de advertencias sobre algunos equívocos de quien maneja la autoridad:

(1) La incoherencia: “*Dicen pero no hacen*” (23,3). Sus palabras y sus hechos se contradicen.

(2) La falta de compromiso: “*Atan cargas... pero ni con el dedo quieren moverlas*” (23,4). Se trata de maestros que no le ofrecen explicaciones a la gente, ni las motivan, ni caminos pedagógicos para poder vivir las enseñanzas, simplemente imponen; ellos por su parte buscan una vida fácil.

(3) La vanidad: “*Todas sus obras las hacen para ser vistos por los hombres*” (23,5). Lo que buscan es “impresionar” positivamente a los demás (ver 6,1-2).

(4) La ostentación: “*Quieren el primer puesto...*” (23,6). Exigen el respeto de los privilegios que la sociedad les concede gracias a su cargo: (a) en los banquetes que se

realizaban en las casas; (b) en las ceremonias de la sinagoga; (c) en la vida pública, por las calles y plazas.

Jesús muestra cómo un maestro con este perfil no es creíble en su comunidad.

## 2. El comportamiento distintivo de un discípulo de Jesús (Mt 23,8-12)

De un discípulo de Jesús se espera un comportamiento completamente distinto. Jesús enseña que: lo importante no es aquello que nos diferencia sino aquello que nos une.

El Señorío de Dios es la base de todas las relaciones comunitarias. Por eso Jesús nos recuerda que el verdadero Maestro y Director (23,8.10) es Él y que el único verdadero Padre es Dios (23,9). Cualquier autoridad en la comunidad está remitida a esta autoridad mayor. Por lo tanto, en el Señorío de Cristo y en la Paternidad de Dios, todos somos iguales: ¡todos somos hermanos!; de ahí que, no importa la función que se ejerza en la comunidad, todos tenemos la misma dignidad.

Pero tampoco Jesús quiere decir que no haya autoridad en la comunidad, como si estuviera proponiendo algún tipo de anarquía. Lo que dice es que lo primero es la fraternidad y que en función de ella, los encargados de dirigir la comunidad, están llamados a reflejar el rostro de Jesús Maestro y Director, y el rostro de Dios Padre.

No se trata, entonces, de una prohibición, como por ejemplo, que a los sacerdotes no los llamen “padre”. Se trata de recordar que:

- (1) Ninguna autoridad se puede ejercer en nombre propio sino en comunión con el único Maestro, Director y Padre de la comunidad que son Jesús y su Padre.
- (2) Ninguna autoridad se puede ejercer para satisfacción personal y honor propio, sino únicamente para el servicio de los hermanos: *“El mayor entre vosotros será vuestro servidor”* (23,11).

Jesús nos llama, con sus palabras insistentes, para que construyamos juntos las comunidades sobre el doble criterio -claramente evangélico- de la fraternidad y el servicio.

### ***Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón***

1. ¿Qué actitudes y comportamientos le critica Jesús a los escribas?
2. ¿Qué debe caracterizar el comportamiento de un discípulo? ¿Qué es lo primero y qué es lo segundo? (comparar con Lc 22,31-32)
3. ¿Cuáles son los abusos y las actitudes equivocadas, sea en el ejercicio, sean en la contestación de la autoridad en la Iglesia?

*“¡Cristianos no sois máquinas, no sois bestias de carga, sois hijos de Dios! Amados por Cristo, herederos del Cielo... Auténticamente hijos de Dios; sois uno en Cristo; en Cristo no hay ricos ni pobres, burgueses ni proletarios; ni arios ni sajones; ni mongoles ni latinos, sino que Cristo es la vida de quienes quieren aceptar la divinización de su ser”* (San Alberto Hurtado).